

volver la vida á un hombre?" Los girondinos propusieron, como el último recurso que quedaba, que se difiriese la ejecución de la sentencia, por un tiempo determinado; pero en esto como en lo demás, sus funestas divisiones dieron á sus enemigos el triunfo, y se decretó el fallo de muerte (1).

Este paso decisivo produjo la mayor emoción en París; se introdujo la consternación en los ánimos de los miembros del Lado derecho, y en el de todos los realistas declarados y secretos; apenas creyeron los jacobinos que su triunfo hubiese llegado hasta el extremo de que se condenase á un rey á vista de un pueblo sobre el cual, pocos años antes había dominado, como soberano absoluto. Redoblaron su actividad, pusieron en uso todos sus esfuerzos, mantuvieron al pueblo en una agitación incesante, y pidieron con instancia á sus adictos que se mantuviesen vigilantes durante los días posteriores, porque no se fuesen á malograr los frutos de tan señalada victoria. Tal audacia, hizo el efecto, que ordinariamente produce en las masas la fuerza; contuvo é impuso silencio á la mayoría, y escitó una vehemente indignación en unos cuantos ánimos resueltos (2).

Luis estaba completamente resignado con su suerte. En el acto de estarse reuniendo los votos preguntó á Malesherbes, "¿No habeis encontrado

Sublime conducta de Luis.

(1) Mig. I, 239, Lac. 243. Th. III, 388.

(2) Th. III, 389, 390.

en las inmediaciones del Temple á la Dama Blanca?" "¿Qué me queréis dar á entender con eso?" contestó el anciano. "¿No sabeis," repuso el monarca sonriendo, "que cuando algun príncipe de nuestra familia está para morir, se ve vagar en torno del palacio á una muger vestida de blanco? Amigos míos," añadió hablando con sus defensores, "estoy en vísperas de emigrar hácia la mansion de los justos, donde todos nosotros nos reuniremos; tendreis vosotros aun la satisfacción de que se bendecirán en este mundo vuestras virtudes." El único temor que abrigaba era por su familia. "Me estremecí al considerar la posición en que dejó á mis hijos; solo por medio de la oración podré adquirir la necesaria fortaleza para sostener mi última entrevista con ellos;" estas fueron las únicas palabras de desaliento que profirió durante el periodo de su prisión (1).

Cuando Malesherbes se trasladó á la prisión con el objeto de comunicar al rey el resultado de la votación, lo encontró solo, con la frente apoyada en las manos, y sumergido en una meditación profunda. Sin dirigir pregunta alguna sobre la suerte que le esperaba, y sin siquiera fijar los ojos en su amigo, dijo: "Hacedos horas que estoy consultando mi memoria por ver si en ella encuentro alguna cosa que durante mi reinado haya dado involuntariamente algun motivo de queja á mis vasallos; y puedo declarar con toda sinceridad, ahora que se acer-

(1) Lac. X, 244, 246. Clery, 158.

ca el momento en que voy á comparecer ante el trono de Dios, que no merezco reconvencion ninguna de mi pueblo, y que jamás tuve otros deseos que los de labrar su felicidad."

El anciano le hizo entender que abrigaba alguna esperanza de que todavía se revocaria su sentencia; [1] el rey movió la cabeza y solo suplicó á su amigo que no le abandonase en aquellos últimos momentos. Mas le fué arrebatado este consuelo por la crueldad de la municipalidad. Volvió Malesherbes repetidas veces á la puerta de la prision, mas ya no pudo lograr que se le permitiese entrar.

Entonces rogó el rey á Clery que le tragese el tomo de la historia de Hume que contenia la muerte de Carlos 1º, y lo leyó detenidamente, durante los pocos dias que mediaron hasta su muerte. En los cinco meses que habian transcurrido desde su prision, habia leído 250 volúmenes [2].

Por fin el 20 de Enero se presentó Santerre en la prision acompañado de una comision del municipio, y leyó al rey su sentencia de muerte. Lo escuchó el monarca con una perfecta serenidad, y pidió que se le concediesen tres dias para disponer su alma; que se le permitiese ver á su familia y que se le diese el consuelo de tener á su lado á un sacerdote. Solo se accedió á los dos últimos puntos de su peticion, y se fijó su egecucion para el dia siguiente á las diez de la

(1) Mig. I, 240. Lac. X, 345, 347. Clery 159.

(2) Clery, 159. Th. III, 268.

mañana. Se volvió á manifestar tranquilo, y comió con su acostumbrado apetito. Los funcionarios que le vigilaban suprimieron los cuchillos con que se servia. "¿Me creen acaso esos señores," dijo, "tan cobarde que me suicide? Soy inocente, y por tanto no me inspira temor la muerte (1).

Su última entrevista presentó una escena que hubiera quebrantado al corazón mas duro. "A las ocho y media, dice Clery, abrió la puerta de su cuarto, y apareció la reina llevando de la mano á la princesa real y á la princesa Isabel; todas se precipitaron en los brazos del rey. Siguió á esto un profundo silencio que duró por algunos minutos, y que únicamente interrumpian los sollozos de la real familia. Se sentó el rey colocándose á su izquierda la reina, á su derecha la princesa real, Madama Isabel á su frente, y el tierno delfin sobre sus rodillas. Esta escena terrible duró cerca de dos horas. El llanto y los ayes de la real familia, que de vez en cuando interrumpian la voz del rey, claramente manifestaban que él mismo era quien les comunicaba la noticia de su sentencia. Por fin, á las diez y tres cuartos se puso Luis en pié; recibió el delfin la bendicion de sus padres, y entre tanto la princesa estrechaba al rey entre sus brazos por la cintura. Al acercarse el monarca á la puerta, prorumpieron todos en los mas penetrantes quejidos. "Os ofrezco que volveré á veros mañana,

(1) Lac. X, 246, 248. Mig. I, 240. Th. III, 329.

dijo, á las ocho." "¿Y por qué no á las siete?" preguntaron á un tiempo todos. "Pues bien, sí, á las siete," contestó el rey, "¡Adios! ¡adios!" Profirió estas palabras con tan dolorido acento, que se aumentaron los gemidos y cayó la princesa real desmayada á sus piés. Al fin, descan- do poner término á tan penosa escena, abrazó el rey á su familia con la mayor ternura, arrancán- dose al fin de sus brazos [1]."

Todo el resto de aquella noche lo pasó el rey con su confesor, que lo era el abate Edgeworth, quien, con una abne- gacion heróica, cumplió con el pe- ligroso deber de auxiliar á su soberano en sus últimos momentos. A las doce se recogió y dur- mió con tranquilidad hasta las cinco. Entonces dió sus últimas órdenes á Clery; le dió igualmen- te varios objetos que habia conservado en su po- der; que consistian en un anillo, en un sello, y un rizo de pelo. "Entregad este anillo á la rei- na, le dijo, y manifestadle con cuánto sentimien- to la dejo; entregadla tambien este relicario que contiene pelo de mis hijos; dad este seilo al del- fin, y decid á todos que es grande mi pesar al morir sin estrecharlos por la última vez en mis brazos; pero quiero evitarles el dolor de una se- paracion tan dura." Pidió tijeras para cortarse él mismo el pelo, á fin de libertarse de la humi- llacion de que hiciesen esta operacion los verdu- gos; pero se negaron á esta peticion sus custo- dios. En seguida recibió la comunion de manos

Ultima comunion
del rey.

(1) Clery, 173. Th. III, 394.

de su confesor, delante de un altar que le habia preparado Clery en su cuarto, y oyó el oficio de agonizantes en los momentos en que el redoble de los tambores y la agitacion del pueblo por las calles, manifestaban que se hacian los pre- parativos para conducirlo al patíbulo.

A las nueve se presentó Santerre en el Tem- ple, "Venis á buscarme," dijo el rey, "mas concededme un minuto."

Dicho ésto, se dirigió á un armario, é inmediata- mente volvió trayendo en la mano su testamen- to. "Os ruego," dijo, "que entregueis á mi es- posa la reina este paquete." "No es asunto ese de mi incumbencia," contestó aquel digno re- presentante del cabildo; "solo he venido á con- duciros al cadalso." Oido esto por el rey, rogó á otro miembro del municipio, que se encargase de la entrega del documento, y dijo á Santerre: "Marchemos." Al dia siguiente publicó la mu- nicipalidad el instrumento mencionado, presen- tándolo "como una muestra del fanatismo y de los crímenes del rey." De esta manera erigió, sin saberlo, el mas precioso monumento que pu- do consagrarse á su memoria [1].

Al atravesar el patio del Temple, dirigió Luis una mirada hácia el torreón, que encerraba á cuanto habia mas querido de él sobre la tierra; pero inmediatamente se armó de valor, y tomó asiento en el carruage que debia conducirlo, al lado de su confesor, y en frente de dos gendar-

(1) Lac. X, 251. Mig. I, 240. Th. III, 398. Clery, 183, 194. Edgeworth, 218.

mes que le custodiaban. Durante el camino que duró dos horas, hasta llegar al lugar de la ejecución, no dejó de repetir los salmos que le iba recitando el venerable sacerdote. Hasta los soldados admiraron su presencia de ánimo. Las calles estaban llenas de una multitud inmensa, que con silencioso terror veía pasar aquella triste comitiva. Rodeaba el coche considerable número de tropas; una doble hilera de soldados y guardias nacionales, y un aparato formidable de artillería hacían imposible cualquiera tentativa que se hubiese querido hacer, para salvar al soberano. Cuando llegó la comitiva al punto en que debía recibir el rey la muerte, y que era entre los jardines de las Tullerías y los Campos Eliseos, la víctima bajó del carruaje, y comenzó á desnudarse sin el auxilio de los verdugos; y cuando éstos se acercaron á atarle las manos, hizo un movimiento de indignación. Edgeworth, dirigiéndose á él, exclamó con el tono de la inspiración: “¡Sufrid ese ultraje para que tengais una completa semejanza con el Salvador del mundo, que dentro de un instante va á premiar vuestros padecimientos!” Al oír esto, se encaminó con resignación al pie del cadalso. Allí recibió de su confesor aquella sublime bendición de “¡hijo de San Luis, sube al cielo!” Luego que hubo subido, se adelantó con paso firme al frente del patíbulo, y habiendo impuesto silencio con la vista á los veinte tambores que se habían colocado allí para impedir que se le oyese, dijo con voz fuerte: “Muero inocente de todos los crímenes que se me impu-

tan; perdono á los autores de mi muerte, y ruego á Dios que jamás recaiga mi sangre sobre mi pueblo. Y tú desventurado pueblo.—“A estas palabras mandó Sarterre á los tambores que redoblasen, apoderándose del rey los verdugos, y el golpe del hacha puso término á su existencia. Uno de los concurrentes levantó la cabeza del monarca en alto y la sacudió; la sangre que de ella brotaba, salpicó al confesor que aun permanecía de rodillas al lado del cadáver de su soberano (1).

Inmediatamente despues de la ejecución, fué trasladado el cuerpo de Luis al cementerio de la Magdalena, al extremo del Baluarte Italiano, [Boulevard Italien,] y allí se le colocó en un sepulcro de seis piés cuadrados, con la espalda vuelta á la pared de la calle de Anjou. Tan luego como se le colocó, se arrojó sobre el cadáver una gran porcion de cal viva, la cual operó tal descomposición en él, que cuando en 1815 fueron á buscarse sus restos para trasladarlos al Real Mausoleo de San Dionisio, con suma dificultad se logró recoger una parte de ellos. En el mismo punto donde se habia sepultado á Luis, levantó Napoleon los cimientos de su brillante Templo de la Gloria despues de la batalla de Jena, con el fin ostensible de hacer memorables las proezas del ejército grande, pero llevando en realidad el secreto designio de convertirle en monumento consagrado á las víctimas de la Re-

(1) Edgeworth, 222. 225. 227. Th. 339, 340, Lac., X. 255. Mig. I, 241.

volucion, designio que no intentaba revelar sino cuando habiendo transcurrido muchos años, hubiesen vuelto los ánimos hasta cierto punto á propender á la monarquía. Pero este, así como otros tantos vastos proyectos que ideó, se le frustraron á consecuencia de la serie de reveses que ocasionaron su caída, y aquel magnífico edificio fué concluido por los Borbones, y hoy forma la iglesia de la Magdalena, que es la mas bella de todas las obras preciosas de arquitectura que encierra Paris. Padebió el monarca su suplicio en el centro de la plaza de Luis XV, en el mismo punto en que perecieron la reina, la princesa Isabel y tantas otras víctimas que inmoló la Revolucion donde Robespierre y Danton fueron posteriormente ajusticiados, y donde el emperador Alejandro y los soberanos aliados se situaron cuando sus ejércitos victoriosos se posesionaron de Paris el 31 de Marzo de 1813. Los mas horrendos crímenes revolucionarios, los mayores castigos que los revoltosos sufrieron, se cometieron y se aplicaron en el mismo sitio: no tiene la historia de la Europa moderna ninguna escena que presente recuerdos mas interesantes.

Se halla hoy marcado aquel lugar con el colosal obelisco de granito encarnado que se trajo de Tebas, ciudad del Egipto superior, en 1833, á espensas del gobierno de Francia. Este monumento, que presencié la marcha de Cambises y que ha sobrevivido á las conquistas de Cesar y Alejandro, estaba destinado á señalar á las mas remotas generaciones futuras, cuál fué el

lugar donde recibió Luis el martirio, y á comenzar el triunfo final del héroe inmortal que lo vengó. (1).

No podemos presentar mejor descripcion de l
carácter de este monarca, que la que
de él hace el mas diestro de los es-
critores republicanos de Francia.

Reflexiones so-
bre la muerte de
Luis, y su carác-
ter.

“Luis,” dice, “heredó una Revolucion de sus mayores; sus cualidades eran mucho mas propias que las de ninguno de sus antecesores, para contenerla ó consumarla; pues era capaz de introducir las debidas reformas antes de dar lugar á que estallase, y de cumplir, despues de llevadas á cabo, con los deberes que un trono constitucional impone á los reyes. Acaso ha sido el único monarca que no haya abrigado ninguna ambicion en su alma, ni aun la del poder, y que á un tiempo haya poseido las dos cualidades mas esenciales en un buen soberano, la de el temor de Dios y el amor á su pueblo. Pereció víctima de pasiones que ni aun muy remotamente habia contribuido á escitar; víctima de la ambicion de sus adictos, ambicion en la cual no habia tenido parte, y víctima en fin de la muchedumbre, á la cual ningun mal habia hecho, para que se predispusiese contra su persona. Pocos reyes han dejado tras sí mas santos recuerdos. La historia debe decir de él en su epitafio, que con un poco mas de firmeza habria sido un soberano único.” (2).

(1) Nap. en Las Casas, I, 370. 371. Hist. de la Conv., II, 13, 14.

(2) Nap. en Las Casas, II, 213.

Sin embargo las grandes é interesantes cualidades que desplegó este desventurado monarca en el último periodo de su vida, sus inauditos padecimientos y su trágico fin, no deben servir para que demos al olvido las funestas consecuencias que dieron la irresolución y debilidad con que se condujo en el trono, ni para hacernos desatender que las calamidades, la efusion de sangre y los irreparables cambios sociales que produjo la Revolucion, se debieron á la insuperable aversion á tomar medidas enérgicas, que le inspiraba desgraciadamente la benignidad de su carácter. El hombre que mejor que ninguno de cuantos han existido, conoció á la Francia y á la revolucion, presenta sobre el particular la siguiente opinion decisiva. "Si Luis XVI, dice Napoleon, se hubiese resistido con firmeza; si hubiese desplegado el esfuerzo, la actividad de Carlos I de Inglaterra, habria triunfado."

Es cierto que la emigracion de la nobleza le privó del mas fuerte apoyo en que hubiera debido descansar el trono; pero la notoria irresolucion de su carácter fué lo que mas contribuyó á esta defeccion, porque hizo que se desalentasen los propietarios, al ver que tenia cualidad tan funesta, el gefe del Estado, y la prolongada lucha que sostuvieron Leon y la Vendee, demuestra que contaba la nacion con sobrados elementos de resistencia, aun despues de haberse ausentado del pais los que emigraron de él.

El imperio de la injusticia no es de una duracion eterna; no es de necesidad que se interponga de una manera especial la Providencia, para

que cese, ni tampoco es preciso que descienda del cielo un ángel exterminador, que destruya su funesta existencia, sino que por sí mismo se extermina en virtud de su propia violencia: no es necesario mas ángel exterminador, que el mismo corazon humano. En vano la malignidad de los enemigos de Luis los hizo someterle á todo género de ultrages; en vano le ataron las manos sus verdugos, y redoblaron, para que no fuese oida su voz, los tambores de los revolucionarios; en vano la cuchilla de la guillotina mutiló su cuerpo, y no sepultaron sus restos en lugar sagrado; han triunfado sus virtudes de la perversidad de sus opresores. Desde su muerte se comenzó á verificar por toda la estension del globo, una reaccion en favor de la religion y del orden. Hizo mas bien á la causa de la monarquía, de lo que por medio de sus vicios habian hecho sus predecesores para desprestigiarla.

Las últimas emociones son siempre las que producen mayor impresion en el ánimo de la especie humana. Segun este principio, la circunstancia de que bajo el reinado de Luis llegó la monarquía francesa á su crisis, fué en grado eminente benéfico á los intereses de las sociedades. No aconteció tal crisis en la época de su esplendor, ni tampoco cuando reinó la perversidad en ella; no sobrevino bajo el gobierno del arrogante Luis XV ni en el oprobioso periodo en que existió la Du Barry; se ejecutó bajo el reinado de un inmaculado monarca, que amaba sinceramente á su pueblo, que empleó su vida en toda la estension de la palabra, en pro-

curar el bien, y cuyos errores y virtudes hubieran debido ponerle á cubierto del pueblo. Si hubiese tenido mas audacia, habria sido menos desdichado; si hubiera sostenido con mas energía la causa de la monarquía, no habria llegado á ser víctima del furor de la plebe; si hubiera sido menos compasivo en derramar la sangre de sus súbditos, habria evitado que la suya propia se vertiese.

Pero estas cualidades que un ánimo marcial ó un espíritu ambicioso engendra, no habrian bastado sin duda á sofocar la Revolucion, y habria quedado preparada para estallar bajo otro reinado; pero como habria llegado á su consecucion en la época de otro soberano del mismo carácter irresoluto, se habria consumado bajo mas funestos auspicios; porque entonces habria cesado de existir la tiranía, que era la verdadera causa de las quejas del pueblo, y no habrian hecho las virtudes del monarca que apareciese imperdonable el furor popular. Sobrevino la catástrofe cuando todos los afectos de que nuestra naturaleza es susceptible, se habian conmovido en favor de la parte oprimida, en favor de un soberano que habia hecho mas por el bien de la causa de la libertad, que todos los demas reyes de su estirpe; á quien se habia despojado de su autoridad en premio de su tolerancia, á cuya mansedumbre se habia correspondido con ultrages, y en fin, en favor de un rey que, teniendo tan insuperable aversion á todo acto violento, habia visto escitarse en sus estados una sed insaciable de sangre. Cualquier otro monarca de mayor ener-

gía habria hecho mas que él para contenerla por entonces; pero ninguno habia empleado mayores esfuerzos para evitar que estallase en ninguna otra época.

Tampoco dejó de ser benéfico el martirio de Luis, á los intereses inmediatos de la causa por la cual padeció. Su resignacion durante su infortunio, la serenidad que mostró en medio de sus padecimientos; el heroismo que desplegó en los últimos instantes de su vida, existirán siempre presentes en la memoria. El terror que esparció el gobierno republicano, la gloria con que se cubrió el trono imperial, se han disipado; mas la muerte sublime del monarca ha dejado al género humano impresiones que jamás se habrán de borrar. Cuando se hallaba el mundo moral envuelto en las mas espesas tinieblas, se apareció una llama en el torreón del Temple, que débil al principio y luchando para no extinguirse, abrasa hoy con fuego activo al universo, é ilumina con divina luz la caída de la monarquía francesa. Desaparecieron para siempre entre nosotros las épocas de fanatismo religioso, y ya no habrá peregrinos que formando reuniones numerosas, se dirijan á adorar de rodillas la tumba de Luis; pero jamás cesará de tributarse á su memoria la admiracion que inspiran sus escelsas virtudes. Todos los seres benéficos y virtuosos de las generaciones futuras, verán con entusiasmo el homenaje que consagra la historia á sus cenizas; y se llorará su triste fin, se venerará su memoria, y se detestará á sus asesinos, mientras haya justicia y sensibilidad sobre la tierra.